

EL SECRETO DE UN HOMBRE DE ACCION

RAFAEL BAQUEDANO

Manuel fue un apóstol eficaz que vivió con toda intensidad el mensaje evangélico, profundamente enamorado de su sacerdocio y de su vocación religiosa en la Iglesia.

El día 28 de febrero el P. Manuel nos dejó calladamente para unirse al Señor. Al dolor de la separación que experimentamos sus compañeros del Centro Gumilla —como todos los que le conocieron y amaron— se añadió para nosotros la pérdida de un guía, de un padre y de un amigo. Se nos fue nuestro viejito, ese Manuel íntimo, todo sociabilidad y optimismo, que se nos descubría en la convivencia diaria y familiar de nuestro trabajo en equipo.

El P. Manuel que nosotros conocíamos era, sobre todo, el sacerdote y jesuita. Hombre bondadoso, de arraigadas virtudes religiosas, profundamente piadoso, que se sabía robar la simpatía y afecto de cuantos le conocían. Precisamente las personas que más sincera e inconsolablemente lloraron su muerte fueron aquellas que acudían no al Manuel historiador, sociólogo, escritor de pluma brillante y organizador de sindicatos, sino al Manuel sacerdote que con sencillez admirable sabía volcar en su consejo toda su inmensa capacidad de comprensión y la riqueza incontenible de su vida interior. Manuel Aguirre, que toda su vida estuvo comprometido, con una santa impaciencia, en la búsqueda de una vida más humana y mejor para todos, sabía que una de las cosas que más faltan en el mundo es la comprensión, la dádiva del corazón. Por eso derrochaba amistad, apertura, interés en todo lo que preocupa al hombre, el don de darse a los demás con lealtad, al mismo tiempo que sentía la necesidad imperiosa de verse rodeado y acogido con afecto por los demás, en particular por los que teníamos la fortuna de convivir con él. Las lágrimas que derramaron en los días de su muerte hombres cargados de responsabilidades y mujeres de todas las clases sociales son un testimonio elocuente de lo que decimos.

Esta comprensión íntima e intuitiva de la situación de los demás que tenía Manuel en alto grado se desarrolló y culminó naturalmente en una acción al servicio de los demás. Intelectual de convicciones calurosas, nada cerebral, detestaba las piruetas conceptuales y teorías de salón. Sus escritos, conferencias, o aun ciertas frases suyas de la conversación ordinaria con esa entonación peculiar que él sabía imprimir, transparentaban la pasión interior que le animaba. Esa vehemencia contenida —y a veces expresada— era profunda. Apasionado del conocimiento, como buen discípulo de Leturia, Vilariño, Angel Ayala, Cardijn, los grandes ídolos de su juventud, su conocimiento encuentra en la observación, en lo concreto, en el hacer, su fuente y razón de ser. Es un intelectual de acción, pero Manuel Aguirre no entiende la acción sino al servicio de los hombres, y en particular de los hombres pequeños, marginados, víctimas de las injusticias, aplastados por el peso agobiante de estructuras sociales anticuadas. Esta pasión de lo humano y su preocupación por lo práctico y las realizaciones concretas eran en él fruto de largas y profundas meditaciones evangélicas, de una vida cris-

RAFAEL BAQUEDANO, miembro del Centro Gumilla, profesor en la Escuela de Ciencias Sociales de la UCAB.

tiana intensamente vivida. Su lema constante era hacer y hacer hacer. Todo ello por la gloria de Dios y con un inmenso amor a la Iglesia. De ahí que su conocimiento de la situación social de Venezuela, de sus ciudades y aun de sus regiones más desheredadas llegara siempre al detalle más ínfimo que personas menos sensibles ni siquiera hubieran percibido. Para este hombre tan comprometido, cuando la palabra no estaba todavía en boga, y profundamente sacerdotal, luchar contra las injusticias sociales, salir en defensa del pobre y desposeído, era la expresión más pura del mensaje de Cristo, que él sentía vivamente. Era mostrar cómo el combate por el hombre era en definitiva un combate por Dios. Era colaborar en el designio de Dios sobre este mundo, donde los hombres deben esforzarse por instaurar entre ellos más fraternidad; más amistad y más paz, a imagen del Reino venidero.

Manuel Aguirre, como sabio auténtico, era humilde. Sabía escuchar y de todos quería aprender algo. Estaba dotado de un agudo sentido de la naturaleza cambiante de la condición humana. Nunca cometió el error de identificar el status quo con la ley de Dios ni perdió la visión de los valores inmutables en esta crítica situación de cambio en que vive el mundo, como lo demuestran los editoriales jugosos del último año de su vida. Ni la edad ni los achaques de su salud le impidieron interpretar los signos de los tiempos a la luz de su fe cristiana y de su Dios, del cual nunca olvidó que era, ante todo, sacerdote. Porque Manuel, de una fibra espiritual extraordinaria, siempre vivió con la mayor fidelidad su sacerdocio y su vocación a la Compañía de Jesús, por la que sentía y manifestaba un entrañable afecto de hijo.

Al morir, entre sus papeles, muchos de ellos amarillentos y gastados por el tiempo, encontramos algunos de sus apuntes más personales que la rapidez de su muerte no le permitió destruirlos. En ellos aparece Manuel en toda su grandeza humana: noble, leal, sincero, corazón de niño, siempre tratando de superarse en una lucha constante entre los dos polos opuestos de su personalidad. Por un lado, su capacidad de afecto y cariño que le hacía ser amado y querido, y por otro, sus inclinaciones iracundas de carácter fuerte que le hacían ser temido y respetado. Fue un dilema que le acompañó toda su vida y le hizo sufrir lo indecible. En esos viejos papeles carcomidos están sus ideales e ilusiones de joven jesuita, sus impacencias, sus logros, sus fracasos. ¡Y cuánto sufrió Manuel en su vida por causa de ciertos celos, incomprendidos, malentendidos, que por fuerza surgen en la vida de todo apóstol que quiere ser eficaz y realizador, como él lo deseaba! En sus notas, sin embargo, no se traslucen ningún rencor. Todo lo perdona y comprendía. Manuel Aguirre era demasiado señor para conservar viejas rencillas por mucho tiempo. Nunca podremos olvidar su sonrisa picaresca cuando alguien, disgustado por una de esas frases lapidarias

que él podía construir con tanto ingenio, le calificó de "pluma extranjera". Esa sonrisa valía millones. Manifestaba la satisfacción de haber dado en el blanco. Él, que se sentía medularmente venezolano, ni se inquietaba ni se molestaba en sentirse aludido por semejantes menudencias.

Nada mejor nos revela en toda su simplicidad a Manuel sacerdote y apóstol que la transcripción de algunos breves párrafos de sus apuntes íntimos. Las páginas más bellas que salieron de su ágil pluma, en limpio castellano, se encuentran, sin duda, en estas páginas. Conservan la frescura de lo no pretendido. Son reflexiones espontáneas escritas con ocasión de sus retiros espirituales anuales. Al escribirlas no se imaginaba que algún día pudieran publicarse. Sin duda, esperaba romperlas. Haremos una brevísima selección de aquellos párrafos de diversos años en los que su figura de sacerdote y apóstol queda admirablemente dibujada.

1. Al terminar sus estudios de teología (1934): Ideales.

"¿Qué piensas hacer por Dios? Bellos planes de apostolado constituyen hoy un ideal que alimenta la vida de tu espíritu. Pero, ante todo, aun ese mismo ideal —como otros ideales que han brotado en ti— es un idóliculo. Ofrecelo a Dios y di: "Acaricio, Señor, aunque me suponga sacrificios, el ideal de Apostolado en Venezuela: apostolado de selección entre los intelectuales, jóvenes universitarios, juventud estudiosa, con expansión al apostolado de la prensa, organización social y, en general, organización de Acción Católica. Señor, yo os pido diariamente que hagáis mi apostolado el más eficaz que pudiera serlo de corresponder yo a todas tus gracias. Un anhelo siento en mí de ganarte más almas que el santo de más fecundo apostolado. Señor, todo esto es un ideal santo que cultivaré todos los días. Pero ideal que supedito, como todo lo mío, a tu voluntad. No mis bellos planes: sino tu voluntad. No se haga mi voluntad, sino la tuya."

2. Al fin de su doctorado en Historia (1936).

"Manuel: piensa un momento. Tu Nazaret termina. Pronto partirás a tu destino con la aureola de un doctorado brillante, el prestigio de tu formación técnica, avalada con el conocimiento de las lenguas vivas, con algunos libros en prensa, experiencia de largos viajes y la simpatía —casi general— de los que te rodean.

Bien está todo ello. La Compañía lo quiso y has cumplido con tu deber adquiriendo ese pequeño tesoro de posibilidades. El instrumento está preparado.

Pero es difícil, casi imposible, que no partas un poco pagado de tu capacidad para realizar cosas grandes. Sería el máximo error de tu vida: creer que te bastas, que has de triunfar, que has de conquistar, porque eres poderoso para ello... Dios no te necesita. Dios gusta de obrar cosas grandes por los humildes. ¡Cuántos más listos y mejor formados que tú nada lograron! La conquista que tratas de realizar es del todo espiritual: es obra de la gracia. Es cierto que la gracia —en la providencia ordinaria— se acomoda a los dones de la naturaleza. De ahí la razón de tu formación. Pero es indudable que muchas veces supera la naturaleza y otras no corresponde a ella. Dios prefiere, para grandes instrumentos de su gloria, a los humildes. Cuanto sé y puedo —formación técnica, experiencia, actividad, salud, iniciativa, pluma, sociabilidad—, todo lo quiero emplear en esta batalla de la conquista de las almas."

3. En plena acción apostólica (1949).

"Es verdad: hay que hacer. Hay mucho que hacer por la gloria de Dios: hay que hacer con previsión, con talento, con constancia. Los hijos de las tinieblas, sobre todo el comunismo, nos dan el ejemplo. Y yo, por naturaleza y educación activista, tiendo a hacer y me adentro, con pasmosa naturalidad, en el mar de las ocupaciones. Pero no te marchites en la acción. En tu obra nada vale, para el fin que persigues, lo que tú pongas, sino lo que pone Dios."

4. En su madurez apostólica y religiosa (1960).

"Quiero ser apóstol eficaz. Quisiera no perder mi tiempo.

TU me llamaste para ser padre de muchas almas. Y me has concedido una generación fecunda. Veo con inmenso placer transformarse junto a mí tantas almas! Muchas de ellas me hacen partícipe de un amor que va directamente a TI; y a mí, por ser tu instrumento. Amor participado que a veces saboreo en exceso. No quiero que sea mi descanso, sino un estímulo en el trabajo.

Quiero ser apóstol eficaz. Quiero cuidar mi salud tanto cuanto requiera la agilidad de la acción. Que el cuerpo, el borriquito, no sea lastre, sino humilde y constante ayuda. Debe ayudarla, no entorpecerla.

Quiero ser tu pluma. Y escribir bella, clara y arrebatadoramente. Tal vez un día, cuando el cuerpo se vuelva torpe, escribiré cuentos y novelas. Llevar tu mensaje en bandeja de plata, en el lenguaje alado de los genios. Eso quisiera. Poner sal a la enseñanza de tu verdad. Que sea manjar sabroso. Concédeme, Señor, escribir bella, clara y arrebatadoramente. Inocular con la pluma tu verdad en el corazón de mis lectores. Inyecciones de principios, verdades y valores cristianos. ¡Qué lanza tan eficaz la pluma! Yo la quiero afilada de tu amor, de tu verdad. Quiero ser tu pluma. Quisiera que mis escritos fueran tan claros, tan amables, tan insinuantes, como era tu palabra, Cristo Maestro. Densos, sin dejar de ser claros. Atractivos, sin ser rebuscados. Insinuantes, que digan más de lo que dicen, porque hacen pensar. Y si alguna vez hieren como lanza, como el listón, como la inyección, sea para sanar sin dejar cicatrices ásperas. Señor, quiero ser tu pluma. Que sea tuya, tu dócil instrumento, éste que me has puesto en la mano. Tu pluma, tu lanza, tu listón.

Quiero ser tu verbo. Me diste una pluma ágil; y un verbo insinuante, claro y fácil. Tú me lo diste y me pedirás cuentas de estos talentos, modestos, pero reales. Siento una clara vocación de pedagogo: incluso ante los intelectuales. Nada me arredra ante ellos cuando sé que poseo la verdad.

Decir claro lo que es oscuro. Filosofía o historia: verdades morales o teológicas, psicología o economía. Un poder de síntesis, de insinuación psicológica, de inoculación de principios y verdades. Comprendo que es don tuyo. Debo reconocer, con humildad, que lo poseo y debo hacer de él, como de la pluma, un arma de apostolado eficaz.

Pero si ha de ser eficaz debo hacer que lo que escribo llegue a muchos, los más posible. Debo enseñar a los que más pueden influir y transmitir mi enseñanza: a los líderes, a los intelectuales, a los maestros. Hacer hacer: hacer lo más eficaz y fecundo.

Quiero ser tu mensajero de amor. El amigo, el confidente, el confesor, el director espiritual. La sociabilidad, la capacidad de suscitar confianza y confidencias, que Tú, Señor, me has dado, es una de las armas providenciales para la eficacia apostólica. Gentes sencillas y gentes intelectuales: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, se me entregan. Me falta tiempo para atenderles. Me enseñaste a escucharlos y oírlos: a comprenderlos. No me cuesta. Me agrada. Desgraciadamente, por eso mismo, puedo buscar en ello el gusto humano. Quiero sobrenaturalizarlo, Señor. Utilizarlo para llevar a las almas de la vida natural a la sobrenatural.

Soy capaz de oír, comprender, valorar a quienes me tratan. De compadecerme, casi en exceso, de los débiles, de los desvalidos. Hay en mí, latente, un caballero andante desfacedor de entuertos.

Me nace el crear, sin vanidad de crear. He creado muchas iniciativas y aun empresas, casi sin darme cuenta de ello: haciendo. Y por lo mismo han crecido orgánicamente, lentamente, como las maravillas de Dios en la naturaleza."

Así era Manuel íntimo: un hombre lleno de ideales, humilde y confiado en Dios, realizador, apóstol eficaz y fecundo en el trato con sus hermanos los hombres, en su pluma y su palabra. Fue un mensajero de amor y una mente creadora, profética. Su luz no se apagó con su muerte. Es un faro que sigue iluminando en la obscuridad. Sus compañeros de equipo trabajaremos para que siempre siga brillando.